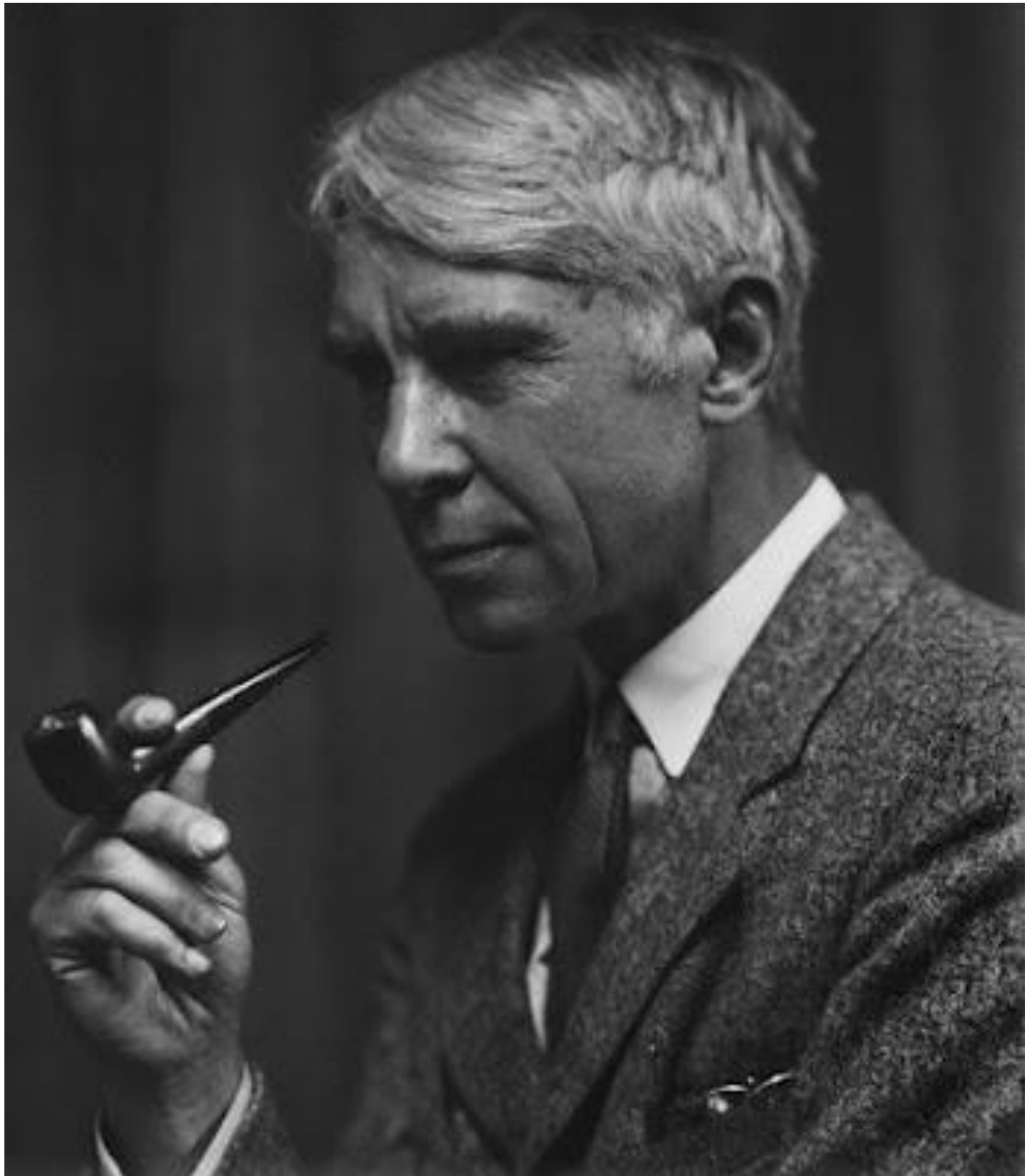
CARL SANDBURG



Plegaria del acero

¡Colócame en un yunque! ¡Oh Dios!
Golpéame, martíllame en una pezuña de cabra.
Déjame atisbar en viejas paredes desvencijadas.
Permíteme sostener y destruir los viejos cimientos.
¡Colócame en un yunque! ¡Oh Dios!
Golpéame, martíllame en un perno de acero.
Introdúceme a las vigas de los rascacielos.
Sujétame, con remaches al rojo vivo,
en todas las vigas centrales.
Déjame ser el gran clavo que sostiene
al rascacielos en una noche triste
tapizada con blancas estrellas.

Hijo de romanos

El italiano de la pala se sienta junto a las vías
a almorzar pan y mortadela.
Pasa un tren y los hombres y mujeres sentados a las mesas
decoradas con rosas rojas y narcisos amarillos
devoran bistecs con salsa,
fresas con crema, pastelitos y café.
El italiano de la pala termina el pan seco y la mortadela,
lo riega todo con un cucharón de agua que le da el aguatero
y vuelve a la segunda parte de su jornada de diez horas
manteniendo el suelo de las vías para que rosas y narcisos
apenas tiemblen en los jarrones de cristal tallado
y permanezcan derechos sobre las mesas de los vagones restaurante.

Felicidad

Pedí que me dijeran qué es la felicidad
a los maestros que hablan
del significado de la vida
y a los dirigentes famosos que ordenan
trabajar a miles de hombres,
pero ellos sólo movieron sus cabezas y
sonrieron pensando que
yo los creía unos tontos.
Tiempo después, un domingo en la tarde,
vagué por el río Desplains y vi
a un grupo de húngaros bajo los árboles
con sus mujeres y sus niños
y un barril de cerveza y un
acordeón.

El tranvía de la calle Halsted

Vengan caricaturistas,
vengan conmigo
a viajar de pie
en el tranvía
de la calle Halsted,
a las siete de la mañana.
Tomen sus lápices
y dibujen estos rostros.
Traten de dibujar estas caras torcidas;
a ese cuidador de cerdos en la esquina
—su jeta—; a esa muchacha obrera
con overol —sus mejillas perdidas
Encuentren con sus lápices
un modo de grabar
sus memorias con esos
rostros vacíos, fatigados.
Después de dormir,
en la húmeda aurora,
en el alba fría,
esos rostros están
con los deseos cansados
y los sueños vacíos.

Chicago

Salchichería del mundo,
Fábrica de Útiles. Almacén de Trigo.
Juego de Vías Férreas. Tirada de Mercaderías de la Nación;
ciudad tempestad, enronquecida, vocinglera,
ciudad de anchas espaldas.
Me dicen que eres perversa y lo creo, porque he visto a
tus mujeres acicaladas bajo los reverberos esperando a
los mozos del campo.
Y me han dicho que eres canalla y yo respondo: Sí, es
cierto, yo he visto al hombre con revólver matar y
quedar libre para volver a matar.
Y me han dicho que eres brutal y yo respondo: Sobre el
rostro de tus mujeres y de tus niños he visto las señales
del hambre desenfrenado.
Y habiendo contestado así me vuelvo aún una vez hacia
aquellos que desprecian esta ciudad, mi ciudad y les
devuelvo su desprecio y les digo:
mostradme otra ciudad que cante con la cabeza alta,
tan orgullosa de ser viva, robusta, fuerte y astuta.
Con sus juramentos magnéticos lanzados,
contristándose de hacinar obra sobre obra, he aquí una
gran alegre dadora de puñetazos que corta sobre las
pequeñas aldeas reblandecidas.
Feroz como una perra con la lengua alargada por la
acción, astuta como un salvaje, con el desierto como
adversario.
Cabeza desnuda
moviendo la pala,
rompiendo,
proyectando,
construyendo, demoliendo, reedificando.
Bajo el humo la boca manchada de polvo, riendo con blancos
dientes.
Bajo el peso terrible del destino, riendo como ríe una mujer joven,
riendo como ríe un luchador ignorante que no ha perdido jamás
en un combate,
fanfarroneando, riendo de que bajo su muñeca está el pulso
y bajo sus costillas el corazón del pueblo
¡Riendo!
Riendo con la risa de la tempestad de la juventud,
enronquecidas, vocinglera, medio desnuda, sudando
orgullosa de hacer Salchichas, de Fabricar Útiles, de
almacenar el Trigo, de Jugar con las Vías Férreas y de
repartir las Mercaderías de la Nación.

El gobierno

El gobierno... Tuve noticia del gobierno y salí en su busca. Dije que, cuando lo viera, lo iba a examinar a fondo.
Vi entonces a un policía que arrastraba a un borracho camino del calabozo. Era el gobierno en acción.
Vi a un administrativo municipal colarse en un despacho una mañana y conversar con un juez. Entrado el día, el juez desestimó una acusación contra un carterista que trabajaba en la oficina del administrativo. De nuevo vi que ése era el gobierno, y que así hacía las cosas.
Vi a los milicianos apuntar con los fusiles a una muchedumbre de obreros que trataban de conseguir que otros obreros se abstuvieran de entrar en un taller en el que se había declarado una huelga. El gobierno en acción.
Por todas partes vi que el gobierno es una cosa hecha de hombres, que el gobierno es de carne y hueso, que sus numerosas bocas susurran al oído de muchos, envía telegramas, apunta con fusiles, redacta órdenes, dice sí y dice no.
Muere el gobierno como mueren los hombres que lo forman, y que van a dar con sus huesos en sus tumbas, y el gobierno que lo sucede es humano, está hecho de latidos, de sangre,
de ambiciones y lujurias, de dinero que todo lo recorre, dinero
que se paga, dinero que se cobra y dinero que se esconde,
dinero del que sólo en voz baja se habla.
Un gobierno es tan secreto y misterioso, y tan sensible como cualquier pecador cargado de gérmenes, de tradiciones y corpúsculos transmitidos por padres y madres desde hace mucho tiempo.

La valla

Ahora, la casa de piedra en la orilla del lago está terminada
y los trabajadores han comenzado el vallado.
Las rejas son barras de hierro, con puntas de acero
que pueden apuñalar la vida de cualquier hombre
que caiga sobre ellas.
Este cercado es una obra maestra, que frenará a la chusma,
a todos los vagabundos, a los hombres hambrientos,
y a cuantos niños merodeen buscando un lugar para jugar.
Nadie traspasará los barrotes y las puntas de acero,
excepto la Muerte, la Lluvia y el Futuro.

Personalidad

(Cavilaciones de un policía adscrito
al Despacho de Identificación)

Has amado a cuarenta mujeres, pero sólo tienes un
pulgar.
Has llevado cien vidas secretas, pero sólo dejas una huella
dactilar.
Vas por el mundo y combates en un millar de guerras y
obtienes todos los honores del mundo, pero
cuando regresas a tu hogar la huella de uno de los
pulgares que te dio tu madre es la misma huella
del pulgar que tenías en el asilo, donde tu madre
te besó para despedirse.
Del útero revuelto del tiempo provienen millones de
hombres, cuyos pies atestan la tierra, y se rajan el
cuello unos a otros por un lugar donde seguir en
pie, y entre todos ellos no hay dos huellas de
pulgar que sean iguales.
En alguna parte debe haber un Gran Dios de los Pulgares,
capaz de contar por dentro la historia de todo esto.

Un Revólver

He aquí un revólver.
Tiene un asombroso lenguaje propio.
Entrega ultimátums infaliblemente.
Es la última palabra.
Un simple, pequeño dedo índice puede contar una historia terrible con él.
Hambre, miedo, venganza, robo, se esconden tras él.
Es la garra de la selva vuelta rápida y poderosa.
Es el garrote del salvaje dotado de precisión magnífica.
Es más expedito que cualquier juez o tribunal.
Es menos sutil y traicionero que cualquier abogado o diez de ellos.
Cuando ha hablado, el caso no puede ser apelado a la suprema corte, no hay recurso alguno, ninguna acción de amparo, ninguna suspensión judicial que interfiera con el propósito original.
Y nada en la filosofía humana persiste más extrañamente que la vieja creencia de que Dios está siempre del lado de aquellos que tienen más revólveres.

Soterrado

I
Soy la contracorriente
que mueve mareas poderosas
y derriba los pilares
de lo que más aprecias.

II
Soy el insomne
lento devorador
que pudre o aherrumbra
igual tus ligamentos
que los grandes furgones.

III
Soy la Gran Ley,
más antigua que tú
y que tus
muy orgullosos
ascendientes.
Estoy sordo
todos los días,
aunque digas
“sí” o “no”.
Soy el desmenuzante
mañana.

libros amateur

